

conocer la locura de este abuso, no obstante, son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en la presencia de un príncipe que con una prudencia superior á la del mundo, y justamente indignado contra un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del Estado, ha hecho ver á sus vasallos cuál sea el verdadero honor, y que quitándoles de las manos las armas criminales, ha declarado perpetuamente infames aquellas venganzas, á las que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿Es posible, católicos, que una máxima abominable, autorizada únicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores, que la han derivado hasta nosotros, haya de vencer todas las reglas del cristianismo y las reglas mas inviolables del Estado? ¿no ha de ser afrenta el manchar las manos con la sangre del prójimo, y lo ha de hacer obedecer á Dios y al que ocupa su lugar en la tierra? ¿es posible que la fama ha de consistir en el furor, y la cobardía en el generoso respeto á la religion y al soberano? ¿Temeis el ser tenidos por cobardes? manifestad vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id al frente de nuestros ejércitos á desafiar los peligros y á buscar la fama en la obligacion; asegurad vuestra reputacion con acciones dignas de conservarse en nuestras historias, y de ser contadas entre los memorables sucesos de un reinado tan glorioso. Este es el valor que pide el Estado y autoriza la religion. Despreciad, pues, las venganzas bárbaras y personales; miradlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardía; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo, y á la que

muchas veces resiste el corazón. El mismo mundo, lejos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; así pareceréis mas grande, y enseñareis á vuestros iguales que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria, que todo lo que afrenta á la humanidad no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio, que manda perdonar, ha formado mas héroes que el mismo mundo, que quiere la venganza.

Acaso tambien me direis que no os pertenecen estas máximas, que habeis olvidado los motivos de queja que teníais contra vuestros prójimos, y que el ruido de vuestras disensiones y rompimientos se acabó con una reconciliacion. Pero yo os digo que tambien os engañais en esto, y así, despues de haber manifestado la injusticia de vuestros ódios, es preciso haceros conocer la falsedad de vuestras reconciliaciones.

SEGUNDA PARTE.

No hay precepto en toda la ley de Dios que deje menos lugar á la duda y al engaño, que el que nos obliga á amar á nuestros prójimos; y no obstante, no hay ninguno acerca del cual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Verdaderamente casi todos nos dicen que han perdonado de todo corazón á su prójimo, y que en este punto se halla tranquila su conciencia; y no obstante, no hay cosa mas rara que el perdonar: apenas hay reconciliacion que mude los corazones y que no sea una falsa apariencia de amistad, ya sea que se considere en su principio, ya sea que se examine en sus medios y en sus consecuencias.

Dije en su principio, porque, católicos, para que una re-

conciliacion sea sincera y real, es preciso que nazca de la caridad y de un amor cristiano á nuestro prójimo. Pero por lo comun los motivos humanos son la principal causa de una obra que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros enemigos, por evtiar el ruido que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas consecuencias acaso serian contra nosotros mismos; por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podriamos asistir si nos obstinásemos en permanecer irreconciliables con nuestros prójimos; nos reconciliamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por adquirir fama de moderacion y de grandeza de alma, ~~por~~ no dar al público un espectáculo que no corresponderia á la idea que queremos se forme de nosotros; ~~por~~ atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido antes tan confidente nuestro, que tiene bien merecido que usemos con él de respetos y que le hagamos callar con la reconciliación. ¿Qué mas he de decir? Acaso tambien nos reconciliamos como Saúl, para ofender con mas seguridad al enemigo, y engañar sus precauciones y vigilancias.

Estos son los mas frecuentes motivos de las reconciliaciones que se ven todos los dias en el mundo, y es esto tan evidente, que muchos pecadores en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso, se reconcilian todos los dias con sus prójimos, y no pudiendo vencerse en órden á las mas fáciles obligaciones de la vida cristiana, parecen héroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas; pero estos son héroes de la vanidad y no de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que en ésta es verdaderamente penoso y heróico en la presencia de

Dios, que es el olvido de la injuria y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro prójimo, y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones examinados los motivos, no lo son menos si se atiende á sus medios. ¡Mirad cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos para llegar á efectuarla! ¡qué atenciones no hay que guardar! ¡qué arbitrios no hay que vencer! ¡qué intereses que conciliar! ¡qué obstáculos que quitar y qué pasos que medir! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habilidad de vuestros amigos; es un negocio mundano y no un paso de religion; es un tratado que se concluye felizmente, y no cumplimiento de la obligacion de la fe; es obra del hombre y no de Dios; en una palabra, es una paz que nace de la tierra y no una paz que viene del cielo.

Porque á la verdad, los hombres que con su industria y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro prójimo, ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazon? ¿han podido restituiros este tesoro que habíais perdido? Estos bien habrán podido hacer que cesen los escándalos de un rompimiento declarado y restablecer entre vosotros y vuestro prójimo las obligaciones exteriores de la sociedad; pero no han podido mudar vuestro corazon, el que solamente Dios tiene en sus manos; no han extinguido el odio, al que solamente puede aniquilar la gracia. Es verdad que os habeis reconciliado; pero aun no amais á vuestro prójimo, porque si le amárais sinceramente, no hubiera habido ne-

cesidad de tantos mediadores para reconciliarnos con él. El amor es medianero é intérprete de sí mismo. La caridad es aquella palabra compendiosa que hubiera excusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tuvieron que emplear para reducirnos; la caridad no es tan mesurada, manifiesta con sencillez lo que sinceramente siente; pero vosotros pusísteis mil condiciones antes de rendiros, disputásteis todos vuestros pasos, no quisísteis pasar de cierto punto y pedísteis que vuestro prójimo se adelantase; la caridad, católicos, no conoce regla alguna de estas; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria y amar al prójimo como á sí mismo.

Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien y aun acaso irritar mas á nuestro prójimo; pero digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto y con unas precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne; corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazón; unen las personas, pero no los afectos; restablecen la correspondencia, pero dejan los mismos sentimientos; en una palabra, hacen que cese el escándalo del odio, pero no el pecado. Jesucristo nos manda simplemente que nos reconciliemos con nuestro prójimo: *Vade reconciliari fratri tuo.*¹ No nos dice: No te adelantes demasiado, porque puede tu prójimo abusar de tu bondad; asegúrate antes de que él ha de andar la otra mitad del camino; no le busques tú, no sea que mire esa

¹ Matth. 5. v. 24.

acción como apología de sus quejas, como una confesión tácita de tu mal proceder y como una sentencia que pronuncias contra tí mismo. Jesucristo nos dice simplemente: Vé á reconciliarte con tu prójimo. Quiere que únicamente la caridad sea la medianera de vuestra reconciliación. Supone que para amar á nuestros prójimos no tenemos necesidad de medianeros y que nuestro corazón no debe necesitarlos.

Estos son los medios de las reconciliaciones, y siendo casi siempre humanos los motivos y los medios viciosos, las consecuencias no pueden menos de ser vanas é inútiles. Digo las consecuencias, porque, católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los días vemos en el mundo? ¿cuál es su fruto? ¿qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo? Vedlo aquí.

Nos decís primeramente que os habeis reconciliado con vuestro prójimo, que le habeis perdonado de todo corazón, pero que habeis hecho ánimo de no verle mas y de no tratar en adelante con él; y de este modo vivís tranquilos. Creéis que no manda mas el Evangelio y que ni el confesor tiene derecho para pedirnos mas. Pero yo os digo claramente que no habeis perdonado á vuestro prójimo, y que para con él estais aún en un rencor, en la muerte y en el pecado.

Porque os pregunto: ¿se puede temer el ver á lo que se ama? ¿y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro hermano, qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso? Decís que le habeis perdonado, que le amais, pero que por evitar casualidades y por temor de que su presencia despierte en vosotros algunas ideas molestas, os parece mas seguro el privaros de su vista. ¿Pero qué amor es este que solamente con la presencia del objeto amado se

irrita contra él y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amais, y acaso quereis decir que no intentais dañarle ni ofenderle; pero no basta esto; la religion os manda tambien que le ameis, porque para no querer dañár á un amigo basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no quereis.

Decidme: ¿quisiérais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿estaríais satisfechos de su bondad y de sus misericordias si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabeis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubiéseis tratado á vuestro prójimo. Si el príncipe os mandara que nunca pareciéseis en su presencia, ¿creeríais que estábais muy adelante en su gracia? Continuamente estais diciendo que es desgraciado el hombre á quien no se le permite presentarse ante el soberano, y nos quereis persuadir á que amais á vuestro prójimo y que no teneis ya rencor alguno contra él, cuando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita.

¿Y qué señal mas evidente se puede dar del ódio al prójimo que no poder sufrir ni aun su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento, porque hay algunos ódios mas moderados y tranquilos, que á lo menos se ocultan, se vencen, dan en lo exterior lo que es debido á la atencion y á la buena crianza, y que aunque niegan el corazon á la obligacion, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro ódio ha llegado á tal exceso, que no se puede disimular que no conoce moderacion ni cortesía, ¡y con todo eso nos quereis persuadir que no aborreceis! Manifestais aún las mas violentas señales de rencor, ¡y quereis que las tengamos por señales indubitables de un amor cristiano y sincero.

Pero por otra parte, ¿se hicieron los cristianos para no verse y para vivir privados de toda correspondencia entre sí? ¡Los cristianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo padre, los discípulos de un mismo maestro, los herederos de un mismo reino, las piedras de un mismo edificio, las porciones de una misma masa, los cristianos que son la participacion de un mismo espíritu, de una misma redencion y de una misma justicia! Los cristianos, que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse y para no poder sufrirse mutuamente entre sí: toda la religion nos enlaza y nos une unos con otros; los sacramentos de que participamos, las preces públicas y las acciones de gracia que cantamos, el pan de bendicion que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregacion de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos enlaza mutuamente. Toda la religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras y de méritos; todo nos enlaza, todo nos une, todo hace de nosotros y de nuestros prójimos una familia, un cuerpo, un corazon y una alma; ¡y os parece á vosotros que amais á vuestro prójimo, que conservais con él los mas sagrados lazos de la religion, al mismo tiempo que estais rompiendo los de la sociedad y no podeis sufrir ni aun su presencia?

Aun mas; ¿cómo podreis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debéis vivir eternamente con él, ser feliz con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios y cantar con él las eternas alabanzas de la gracia.

¡Ah! ¿cómo podreis esperar el estar eternamente unidos con él y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y si su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciad, pues, á las promesas y á las esperanzas de la fe, separaos como un anatema de la comunión de los fieles; privaos del altar y de los tremendos misterios, desterraos de la congregacion de los santos, no vayais á ofrecer vuestros dones y vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estais, se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los altares, y os intiman que salgais de la congregacion de los santos como un publicano y un infiel.

Acaso atemorizados con estas grandes verdades nos direis por último que os conformareis con ver á vuestro prójimo, con vivir en paz con él, que no faltareis á la correspondencia regular; pero que en lo demás sabeis muy bien lo que habeis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

¡No faltareis á las correspondencias regulares! ¿Y os parece, amados oyentes míos, que esto es perdonar, reconciliarse con su prójimo y amarle como á sí mismo? Sabed que la caridad que nos manda el Evangelio está en el corazón; ésta no consiste en una simple correspondencia, en una vana exterioridad, en una ceremonia inútil, sino en una disposicion verdadera, en un amor efectivo, en un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amais como judíos y fariseos, pero no amais como cristianos y como discípulos de Jesucristo. La ley de la caridad es la ley del corazón; arregla los pensamientos, muda las inclinaciones; derrama el aceite de la paz y de la suavidad sobre

las llagas de una voluntad irritada y herida; y vosotros haceis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisáica y superficial que solo regla las exterioridades, que no dirige sino los movimientos y que solamente se cumple con vanas apariencias.

Pero no solamente se os manda que no falteis para con vuestro prójimo á las reglas de la buena crianza, y que cumplais con las mútuas obligaciones que nos impone la sociedad; esta es una ley que os prescribe el mundo, estas son sus reglas y sus costumbres; pero Jesucristo os manda que le ameis, y mientras tengais apartado de él vuestro corazón, de poco sirve el que le concedais aquellas exterioridades de buena crianza; negais á la religion lo que la es mas esencial, solamente os aventajais á los pecadores que reusen el ver á sus prójimos, en que os sabeis contener por respeto al mundo, y no sabeis violentaros por la salvacion.

Y á la verdad, católicos, que si los hombres solamente estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaria sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores y mantener aquel mútuo comercio de cuidados, atenciones y cortesías, en que consiste toda la armonía del cuerpo político; pero nosotros estamos mútuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fe, de la esperanza, de la caridad y de la religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los legisladores. Por eso cumpliendo en orden á vuestros prójimos con correspondencias exteriores, cumplís con las obligaciones de la sociedad civil, pero no con las de la religion. No turbais el orden político, pero trastornais el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hom-